

la misma córte. Se trataba siempre de alguna pícara que ni siquiera sería recibida en el medio mundo de hoy día. Se ha dicho que los que no alcanzan fortuna son aquellos que no juzgan á los hombres tan béstias como lo son realmente. Octavio aplicaba este precepto á las mujeres, diciendo que aquellos que no alcanzan sus favores, les suponían menos Evas de lo que efectivamente son. El señor de Brantome animaba mucho sobre este particular á los tímidos. Aquellas «muy honradas señoras,» debieron hacer bajar el puente levadizo de muchas fortalezas.

Cuando yo leo á Brantome bendigo á Dios por haberme hecho nacer en el siglo de la virtud. Hoy día no se encuentran mas que rosas en capullo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO FERRER"
AÑO: 1825 MONTERREY, MEXICO

XXX.

LA TRAPERA.

Aquellos caballeros y aquellas damas cenaban alegremente en la Casa de Oro. Allí estaban Parisis, el príncipe Azul, Saint-Aymour, la Taciturna, Tornasol, Treinta-y-seis-Virtudes, y Flor-del-Pecado. Era una de aquellas eternas cenas que vosotras ya conocéis. Se probaba todo, se bañaban los lábios en todos los vinos, se hablaba contra todas las reglas de la gramática, se cultivaba el neologismo y la insensatez chorreaba en todo el mundo.

Había talento? Nó. Parisis no tenía talento sino cuando estaba con «gente decente» como Monjoyeux. Al cenar allí, obedecía á la ociosidad como se obedece débilmente á un mal compañero que os domina, que os coge por la mañana, que os lleva donde quiere y que dispone de vosotros como de sí mismo.

Monjoyeux y Leon Ramée, que eran mas amigos que nunca desde aquella historia de las estátuas quebradas, iban alguna vez juntos á cenar con aquellos caballeros y aquellas damas. Necesario es pertenecer al tiempo en que se vive: siempre se ofrecía algun ti-

po mas ó menos digno de estudio, bajo el punto de vista del mármol, segun decia Monjoyeux, ó bajo el punto de vista de la paleta segun decia Leon Ramée.

En aquella noche, al terminar la cena, Leon Ramée apareció solo en el dintel de la puerta.

—Y Monjoyeux? preguntó Parisis.

—No le he visto; me dijo ayer que esta noche le hallaria contigo.

Todo el mundo soltó una ocurrencia apropósito de Monjoyeux, ocurrencia que cayó simpática del lábio de los hombres y que cayó amarga del lábio de las mujeres.

Las mujeres no le perdonaban el haberse burlado de la mujer porque no comprendian la elevacion de su sátira. Jamás le perdonaban el no haber tenido dinero.

La señorita Flor-del-Pecado tomó sin embargo su defensa entre sus demás compañeras. Le encontraba hermoso; confesaba que iba mal vestido; pero le queria mas así que al señor Millon, vestido con billetes de banco.

Pidióse á la Taciturna su opinion y dijo con toda conciencia que lo que se decia de él era cierto y no era cierto.

En aquel instante se oyó en la escalera un rumor que hubo de llegar hasta aquel gabinete privilegiado.

—Será el señor de Monjoyeux que hará una broma! dijo un criado que traia cigarros.

Hé aqui la broma de Monjoyeux.

Traia en sus brazos una desgraciada trapera, aun jóven, pero casi muerta por la miseria, á la cual habia encontrado frente la Casa de Oro, arrastrando su gancho y sin tener fuerzas bastantes para llenar su espuerta.

Todas las mujeres soltaron la carcajada; pero los hombres no reian: todos sabian que Monjoyeux era hijo de un trapero, todos comprendian el sentimiento de caridad que movia al mancebo.

—Aqui la teneis, dijo Monjoyeux, colocando respetuosamente á la pobre mujer sobre un sofá; reid, señoras mias! reid siempre! Hay nada tan alegre? Una desgraciada criatura que se muere de hambre! Que los trapos sean profanados como en vuestra casa, ó que estén manchados como en casa de las traperas, poco importa. La que no llena su espuerta por la noche no tiene mas remedio que ir al hospital, y si en el hospital no la quieren siempre le queda el recurso de morir en la calle.

Las mujeres ya no reian. Y como las mujeres son en todo exageradas, las que mas reian empezaron á socorrer á la trapera.

—Que se traiga una sopa sustanciosa! dijo Monjoyeux, no la sopa de ajo que han comido estas señoras.

La trapera miraba con inquietud á todo el mundo. Se hallaba tan poco habituada á la caridad cristiana, habia visto tan de léjos á sus semejantes en

este París escéptico, donde los pobres no tienen amigos, ó, cuando menos, amigos visibles, que ella no podía creer en el bello impulso de Monjoyeux, ni en la repentina simpatía que sonreía en torno suyo.

Se le dió un poco de confitura, la última que quedaba, la cual comió con un placer vivísimo. Monjoyeux la había hecho colocar á la mesa; pero la traperera se mantenía á alguna distancia de ella.

—Vaya! dijo el jóven; hagamos bien las cosas; sentaos y apoyad los codos sobre la mesa.

Las mujeres se disputaban el placer de servirla.

La señorita Tornasol la dió su vaso.

—No! dijo Monjoyeux, se beberia tus ideas!

Y dió un vaso á la traperera.

Era una mujer de veinte y cinco años, ya gastada por el dolor y la miseria. Velaba de noche y dormía poco de dia. En su rostro había de todo: había hermosura y fealdad, inteligencia é idiotismo, candor y pasión.

Poco á poco hubo de familiarizarse y arriesgó algunas frases. Contó su vida en tres palabras. Hija de un traperero que la maltrataba con frecuencia, porque siempre estaba achispado, era madre sin haber tenido hijos, puesto que la suya le había dejado cuatro hermanitas.

—Señores, dijo Monjoyeux, esta valiente criatura que nos dispensa el honor de cenar con nosotros, creedlo, es la síntesis de la humanidad. Como la humanidad, aspira á la confitura; mas es el ideal inac-

cesible. Adoremos la humanidad en esta mujer; que sus harapos nos sean queridos, que sus penas y dolores lleguen á nuestras almas, que sus lágrimas santifiquen por siempre esta mesa profanada.

Monjoyeux, sentado al lado de la traperera, se levantó y la besó en la frente con un sentimiento de fraternidad y de respeto.

—En nombre de mi madre, dijo con gravedad, yo os doy este beso.

—En nombre de vuestra madre! Por qué? dijo la traperera, mirándole con dulzura.

—Porque yo soy tambien del oficio. Mi madre era traperera; no me alabo de ello, pero tampoco me ruborizo.

Y volviéndose hácia Parisis, añadió:

—Amigo mio, alegraos, no porque yo vaya á pedir un puñado de oro para esta mujer, sino porque he encontrado en mi vida un fin que es digno de ella. Voy á volver á entrar en mi taller con afición, porque de aquí en adelante quiero trabajar por esta mujer y sus cuatro hermanitas. Por la primera vez me siento feliz, porque me siento ya rico por el bien que voy á hacer.

Las mujeres lloraban.

Monjoyeux se volvió hácia Miravault.

—Miravault: vos teneis millones y sois pobre: haced como yo y sereis rico.

—Esto es hablar bien, dijo Leon Ramée, estrechando la mano de Monjoyeux.

—Porque hablo como pienso.

Y dirigiéndose á Parisis continuó:

—Mi buen amigo: prestadme cien sueldos para comenzar mi fortuna. Como punto de partida voy á acompañar á esta mujer; pero no como acompañais vosotros á estas damas.

Parisis quiso que Monjoyeux y la trapera cogiesen su coche.

—No es esto todo, dijo la señorita Tornasol: nos dispensarás un favor, pues supongo que tu caridad no tiene celos. Todas nosotras vamos á dar dinero á esta mujer.

La colecta fué buena. La gente que se divierte es siempre la mas generosa con aquellos que sufren.

Al siguiente día Parisis fué á saludar á Monjoyeux en su pequeño taller de la calle German Pilon. Le halló trabajando y con una alegría que jamás habia observado en el mancebo.

—Teneis razon, Monjoyeux, le dijo, las dos grandes palabras de la vida son estas: el Trabajo y la Caridad.

—Sí, dijo Monjoyeux; pero olvidais una tercera que vos creéis conocer, pero que no conoceréis bien hasta que os hayais casado con la señorita de la Chastaigneraye.

Y Monjoyeux añadió con un acento un poco teatral:

—La tercera palabra de la vida es el Amor!

XXXI.

LA CONFESION DE VIOLETA.

Desde su fuga no se habian recibido noticias de Violeta. Un amigo de Octavio le dijo que la habia visto en Roma. Un amigo de la señora de Fontaneilles dijo á ésta que en Biarritz habia pasado una mujer velada que todo el mundo habia tomado por Violeta de Parma. Nada mas se supo. Dónde estaba? A qué hospitalaria orilla habia llevado su desesperacion y su dolor?

Cierta mañana, Genoveva recibió una carta sellada en Madrid. Era una carta de Violeta.

—Madrid! que puede hacer en Madrid? se preguntó la señorita de la Chastaigneraye.

Y devoró aquella larga carta, que era la confesion de Violeta:

«Madrid 12 de agosto de 1867.

»Mi querida Genoveva:

»Cuando esta carta sea leida por vuestros hermosos ojos, no perteneceré ya á este mundo. Perdonad-

me, si yo tambien represento el papel de la Dama de Palos.

»Antes de morir es necesario confesarse. Os elijo para confesor mio; ante vos yo quiero humillarme en el espíritu de Dios; ante vuestro corazon yo quiero decirlo todo.

»No os elijo por falta de sacerdote; lo he encontrado en todas partes desde que huí de Francia, desde que huyo de mí misma. A la hora en que escribo veo uno en la ventana de una casa vecina que lee en su breviario; pero que he de decirle? No pertenezco á su parroquia. Escucharía á una estrangera que lleva un corazon como el suyo, pero que muere de una pasión que él no comprendería.

»Vos, Genoveva, me comprendereis porque me amais.

»Os he mostrado en varias ocasiones y en los azarres de la conversacion, alguna página de mi vida. Ahora voy á confesárosla toda.

»Son dignos de mencion mis primeros años? Viví siempre abrigada por aquella adorable mujer que yo creía mi madre, y que se hallaba constantemente entregada al trabajo y á la plegaria. Acaso no era mi verdadera madre? Despues leí la historia de D'Alembert y de la señora Tencin. No ignorais que D'Alembert fué abandonado por esa gran pecadora del tiempo de la Regencia, que habia hecho un cardenal de su hermano, y que de su hijo hacia un niño expósito. Este niño perdido, se convirtió en niño en-

contrado gracias á una vendedora de cristales que le dió su leche, su pan y su sangre. Le dió un alma y le convirtió en hombre. Si este árbol de la ciencia dió frutos se debió á aquel ingerto; si llegó á ser célebre lo debió á su segunda madre. Así es que yo comprendo aquellas terribles frases, cuando dijo á su madre natural el dia en que fué á buscarle: «No os conozco! mi madre es la vendedora de cristales!»

»Yo no habria usado de la brutalidad de d'Alembert sin duda porque soy mujer. Pero admitiendo mi primera madre, yo hubiera sido siempre la hija de la segunda, si las dos hubiesen vivido.

»Y si la segunda hubiera sido siempre mi madre, puedo aseguraros que yo siempre hubiera sido su hija, pues ahora me esplico porque me ocultó á mi primera madre: porque la conocia, porque tenia miedo de perderme, porque deseaba vivir por mí.

»Mientras vivió, fui feliz. Ella habia elegido para mis delicadas manos, un trabajo hermoso. En tanto que ella cosia blondas, yo hacia flores. Consideraba muy dulce el trabajar á su lado, y aunque yo no creía trabajar mucho, siempre resultaba que yo ganaba mi jornal.

»En las horas de ocio leía, y no leía mas que libros piadosos. Mi madre era severa: en mi comunión primera me habia velado como una santa. Me habia explicado con el acento cristiano todos los milagros y todas las bellezas del cristianismo: yo no vivía sino en el mundo de los espíritus puros: ningun mal pen-

samiento habia llamado nunca á nuestra puerta.

»Verdad es que no eramos ricas, pero tampoco creíamos que la riqueza fuese un bien. Teníamos un cuartito, una buhardilla; pero todo era alegre; las ventanas tenían por horizonte el cielo y los árboles del Luxemburgo. Yo no me contentaba en hacer flores; para conocerlas mejor, las cultivaba. Yo he leído que no sé que filósofo veía toda la naturaleza en un fresero; yo me constituí una excelente compañía, todo un mundo de rosas, de violetas, de madre selvas y de alelías; hasta tenía un árbol en mi ventana que daba lilas, y que causaba la admiración de los vecinos. También tenía un fresero, pero lo cultivaba por golosina, pues llegaba á darme unas cien fresas por año.

»Que hubiera sucedido si mi madre no hubiese muerto?

»Confieso que no hubiera tenido un gran placer en casarme con un hombre de mi condición; aunque no hubiese leído novelas, yo tenía mi ideal, bien como si circulase en mis venas la sangre de los Parisis. No sabría espresaros como se despertó mi orgullo, cuando supe que aquel hermoso jóven que se habia atrevido á hablarme en la calle y al cual amaba á pesar mio, era un duque.

»Este, Genoveva, fué mi primer pecado.

»Es una desgracia; pero cuando el diablo os ha tocado sois ya suya. La puerta del orgullo fué para mí la puerta del infierno.

»Mi madre murió. En varias ocasiones me habia hablado de su país: me decía que pronto haríamos juntas el viaje para visitar á una gran señora que quizá me haria un dote si encontrase un hombre honrado con quien casarme. Mas de una vez mi madre lloró besándome; yo no osaba interrogarla y no me atrevia á hablarla de mi padre, toda vez que ella nunca me hablaba de él. Algunas frases que yo habia sorprendido en la escalera, en conversaciones de comadres, me habian advertido de una manera vaga que mi madre no estaba casada. Pero era tan piadosa y tan buena, que yo me decía: «Dios la habrá perdonado.»

»Cuando cayó enferma, me detuvo un día cerca de su lecho para hacerme confidencias. Luego de pronto se arrepintió diciéndome: «Nó, no moriré; ya hablaremos de esto mas tarde, cuando vayamos á la Borgoña.» No creía en la proximidad de su muerte; pero falleció de pronto á consecuencia de un aneurisma. Faltóle la palabra, y no pudo revelarme nada; cuando llegué frente á su lecho, espiraba. «Luisa! Luisa! dijo, Dios...

»No pronunció una frase mas. Quizá hubiese podido pronunciar alguna otra; pero no tuvo bastante valor para decirme al morir: «Yo no soy tu madre.»

»Ya sabeis mi historia con Octavio. La miseria cayó sobre aquel cuartito de luto y todo me faltó á un mismo tiempo: mi madre, el trabajo y el valor! Entonces fué cuando conocí al señor de Parisis. Me sal-

vó de la miseria y me trasladó á un sueño de oro; mas no estaba salvada sino para encontrarme mas perdida.

»Yo no habia tenido tiempo suficiente para hojear los papeles de mi madre. Hasta que hube salido de la cárcel no pude conocer la historia de mi nacimiento, leyendo las cartas que mi madre ocultaba en un cajoncito de madera negra, donde yo creia que guardaba cosas de poca importancia.

»Vale la pena de hablaros de las cartas de la señora Portien y de las contestaciones de mi madre, ó, mejor dicho, de las cartas de mi madre y de las contestaciones de su antigua doncella? Durante el primer año mi madre se inquietó por mí y vino á verme una vez: se enfadó con su doncella porque la escribia con frecuencia y la recomendó que en lo sucesivo la escribiera diciendo *mi hija* en vez de *vuestra hija*. Pasado un año, no se hallaban cartas de la señora Portien: queria olvidarlo todo para que todo se olvidara mas facilmente. Hallé borradores de mi madre en que la pobre mujer hablaba con adoracion de Luisa á la señora Portien.

»En mi primera comunión volvió á escribir; pero aquella fué la última vez. Lo que hay en esto de admirable es que en aquellas cartas no se habla jamás de dinero.

»Tampoco hablaba de él la señora Portien.

»Y ahora pregunto yo: quién fué mi padre? Hé aquí el secreto eterno; pero mi padre no fué el señor

Portien. No digo esto para calumniar á mi madre: lo digo porque me confieso con vos y os debo la verdad.

»Voy á morir y no me quejo. He disfrutado mi parte de dicha. He adorado al señor de Parisis; los dias que he pasado con él han equivalido á siglos. Qué he de sentir? Os juro mi querida y santa Geneveva, que tengo una alegria al pensar que me sacrifico por vuestra dicha. Si yo viviese no os casaríais con Octavio: hé aquí porque muero feliz. La vida es así: es necesario saberse retirar ante el sol de los otros. Yo era como un árbol envenenado: hubieseis muerto bajo mi sombra.

»En presencia de Dios, que me oye, en presencia de vos, que sois la mujer de la virtud, vuelvo á declarar porque deseo probaros que no soy del todo indigna al dulce título de prima que me dísteis, declaro que no he tenido otro amante que el duque de Parisis. Él fué cruel abandonándome. Ya sabeis que me habia enviado un billete de diez mil francos confundíendome con una mujer cualquiera. Yo juré vengarme.

»Y me vengué!

»Ah! yo queria vengarme noblemente. Queria volver á la calle de San Jacinto para trabajar dia y noche y morirme de dolor.

»Pero la señora de Entraygues, que conocia á los hombres, me enseñó otra venganza. No hay que condenarla, pues su corazon es generoso: tiene sus horas de fragilidad; pero conserva toda su nobleza de alma.

»Siguiendo su consejo me lancé al torbellino de la comedia parisiense, en esa carrera de todas las locuras del amor y del lujo. La pobre Violeta, completamente pisoteada, se convirtió en la orgullosa Violeta de Parma. La señora de Entraygues fué la que antes de marchar á Irlanda, me dió el primer billete de mil francos. Yo habia estado enferma, cercana á la muerte; pero ella me dijo que estaba mas hermosa que nunca un dia que me condujo á tomar leche al Prado Catalan por caminos estraviados, pues ella se ocultaba del mundo y yo no queria ser vista.

»Mas por la misma razon de que nos ocultábamos fuimos encontradas. El príncipe... se llegó á nosotras y pidió á la condesa el honor de serme presentado.

»—Haceis bien, dijo la condesa, pues la jóven que veis aquí, en todo el brillo de sus veinte años, es una princesa por la gracia de Dios. Jamás os dirá su nombre: no quiere ser conocida en Paris mas que bajo el nombre de Violeta de Parma.

»El orgullo, que ya una vez me habia perdido porque el señor de Parisis era duque, volvió á perderme porque el que nos hablaba era un príncipe. Comprendí, desde luego, que yo no le amaria; pero era un hombre que necesitaba para representar mi comedia. Yo no hice muchos cumplidos para ir á comer con él en un saloncito del Molino Rojo. Sabia que el duque iba allí con frecuencia y no desesperaba de hallarle y de pasar orgullosamente en frente de él, dando mi brazo al príncipe.

»Al terminar la comida estaba perdidamente enamorado y me ofrecia diamantes, un palacio y criados de servicio.

»No volví á mi casa; pero al ir á la del príncipe estaba muy resuelta á no ser jamás su querida.

»Este me halló original; pero era un buen hombre. Lo que él adoraba en mí era mi rostro. Él tambien era orgulloso. Hay gentes que quieren *ser* amantes y otras que quieren *parecerlo*. El príncipe era de estos. Mi *originalidad* no le privó de darme cien mil francos y de amueblarme, con el lujo del tiempo de Luis XVI, un palacio en la calle de Marignan, donde venia á comer tres veces á la semana con sus amigos, hombres de mundo, periodistas, políticos, diplomáticos y artistas.

»Era gente por el estilo del duque de Parisis; pero como nadie me habia conocido con él, nadie tampoco hubo de conocerme en casa el príncipe.

»Aquella vida—debo confesároslo— me gustaba mucho, por mas que yo sufriera siempre. Esperaba agotar la sensibilidad de mi corazon; mas no pude lograrlo. Cuanto mas me alejaba de Octavio mas pensaba en él.

»Se hallaba en Inglaterra cuando hice mi entrada en el Bosque. Ya se ha hablado del ruido que yo metí entonces.

»Cuando se vé subir poco á poco á una cortesana, nadie estraña nada.—Es fulana!—Es zutana!—Ya la conozeo!—Todo está dicho y sabido. Pero cuando una

cortesana se presenta con gran lujo, sin que nadie pueda decir de donde viene, la curiosidad se despierta y alcanza un triunfo brillante. Es como un fuego de artificio que no ha sido anunciado.

»El príncipe no podía creer en su dicha; hasta la media noche era el mas dichoso de los hombres; pero al llegar esta hora, yo me encerraba en mi cuarto y me echaba voluptuosamente en la soledad de mi lecho.

»Esto sin embargo, yo no era una santa. Desafiaba todos los peligros, era coqueta con los hombres, como una mujer que desea improvisarse una corte. Sentia una secreta alegría al probarme que bajo la máscara de una pecadora, yo era una mujer virtuosa.

»Cierta noche fui á Mabilie sin saberlo el príncipe: habiendo aprendido el idioma del país antes de entrar en él, me dispuse á contestar á todos los apóstrofes. Yo habia comido con apetito y hasta creo que habia bebido mas champagne del que acostumbraba.

»Ya os dije como hallé á Octavio, como volvió á enamorarse de mí segun los vaticinios de la señora de Entraygues. Pero al encontrarle, yo no encontré ya mi corazón. Habia tempestad en el cielo.

»Conocéis mejor que yo la historia de Dieppe. No le manifesté todos mis celos; pero entonces comprendí que os amaba. Las mujeres que aman tienen la doble vista. Vos me odiabais y yo os odiaba; en mis ardientes celos y creyendo herir á Octavio en mitad del

corazon hui con un grande de España que solo tenia de grande su grandeza. Ya comprendereis que fui con él tan *original* como con el príncipe.

»Pero yo desaba aturdirme, yo no vivia mas que por Octavio; mi alma se hallaba entregada por completo á su pensamiento; mis ojos le buscaban en todas partes.

»Un príncipe ruso que me habia conocido en casa el príncipe francés me manifestó que su ilustre amigo estaba furioso contra Parisis y contra mí.—Por que contra Parisis? pregunté yo; acaso estoy con él? —Es cierto, me dijo el príncipe, toda vez que se encuentra en Baden con la señorita Tornasol.

»Octavio no estaba en Baden: pero se le aguardaba. Yo creyendo encontrarle allí, dije al príncipe ruso: «Hoy marcho á Baden.—Cabalmente, dijo el príncipe, yo marcho allí esta tarde.» Y partimos juntos observando con él, la misma conducta que con los otros.

»El príncipe posee en Baden, en el valle de Leichenthal, una hermosa casa rústica de la cual me dió la llave. Era un hombre amable que se contentó en ser mi huesped con toda la discrecion de esos grandes señores del Newa que viven aun en las tradiciones de la antigua corte de Francia.

»Ví á Octavio en Baden; pero le ví de lejos. Tuve bastante valor para no ir en busca de él, aguardando que él vendria en busca mia. Pero no bien dejó Baden, cuando me convertí en una alma en pena. Vclvi

á París y fui á su casa, resuelta á manifestarle mi pasión y á vivir con él á pesar suyo. Mas habia marchado á Parisis.

»Corrí allí para alcanzarle.

»Ya sabeis lo demás. No ignorais mi encuentro con mi madre. Debo confesaros que la fuerza de la sangre no me hizo traicion. Y sin embargo, aunque la señora Portien no tuviese un rostro simpático, recuerdo que al verla experimenté algun placer. Quizá será una preocupacion; mas me pareció que no me era completamente estraña.

»Pobre señora! Dentro algunas horas me verá si Dios la permite la dicha de ver á una hija que abandonó. Quien sabe si ella sufrió tambien esa fatalidad del corazon, que hace siempre traicion á las virtudes de la mujer?

»Habeis querido hacer una hermosa tentativa. Habeis dicho á Octavio que se casase conmigo para arrancar de mi mano esas violetas de Parma que la manchaba. Pero la virtud es como una fuente de agua viva, que nunca sube hacia arriba. No era yo quien se debia casar con Octavio: un enlace tan brillante hubiera puesto aun mas de relieve mi caída.

»Gracias á vos, gracias á esa dulce Jacinta que me dísteis, hé estado á punto de echar raices en Pernand, donde hubiese vivido de la caridad y el arrepentimiento; mas no ignorais que los recuerdos vivos de mi vida me echaron de aquel asilo.

»Por lo demás, yo queria morir. Queria morir, si-

no por mí, por vos. Creeríais que siempre me faltó valor para ello? Una mujer que no se mata á la primera tentativa, nunca mas encuentra valor para matarse.

»Por fin he recobrado el valor.

»Soy digna del blanco sudario? He espiado lo bastante mis faltas? Mi cárcel fué un largo suplicio: mas la libertad no me ha librado de mis pesares. Habeis sido para mí un ángel y á vos me dirijo pidiéndoos vuestras oraciones.

»Pero antes de rogar por mí, os quiero pedir una gracia: casaos con Octavio, pues no quiero que mi muerte sea inútil. Fuera de esto, me parece que así habré contribuido á vuestra dicha.

»No me lloreis: muero contenta.

»Me legásteis un millon y yo os lego otro millon. Lo que he gastado pertenecia á la fortuna de la señora Portien.

»Me gusta tanto hablar con vos, mi querida Geneveva, que hasta olvidaba la hora de mi muerte.

»Adios!

»VIOLETA DE PERNAND-PARISIS.»

Y con un carácter de letra mas febril, Violeta habia añadido esta postdata:

«Cuando os paseeis con Octavio en el parque de Parisis y de Champauvert, si hallais á vuestros piés una violeta, no de Parma, sino del campo, no la ho-

lleis en el polvo: bajaos para cogerla, respiradla y dadla á vuestro esposo. Se acordará de mí; pero vuestras manos habrán santificado el recuerdo.

»Adios!»

La señorita de la Chastaigneraye lloró mucho al leer esta confesion de Violeta.

Oia como aquel corazon y aquella alma hablaban.

—Ah! sí, dijo recordando su dulce y simpática figura: á Violeta sí que es necesario llamarla la Dama del Corazon!

Violeta habia entrado tan profundamente en la existencia de Genoveva, que le parecia que al perderla, perdía algo de sí misma, un latido de su corazon, un rayo de su alma.

—Y sin embargo, dijo, yo estaba celosa de ella hasta {morirme!

XXXII.

OCTAVIO DE PARISIS.

La señorita de la Chastaigneraye escribió á la marquesa de Fontaneilles:

«Mi querida Armanda:

»Estoy desesperada. Recibo una carta de Violeta y esta carta es la despedida de una mujer que vá á morir. Si no te vienes en seguida me marche á la Abadía del Bosque.

»Te abraza

»GENOVEVA.»

La señorita de la Chastaigneraye tenia un corazon demasiado noble para casarse con Octavio ante la tumba de Violeta.

La marquesa de Fontaneilles rogó al duque de Parisis que fuese á verla.

—Mi querido duque, le dijo, no perdais un minuto: probablemente que la pobre Violeta se ha muerto y ha muerto sacrificándose de una manera sublime por vos y por Genoveva. Marchad en seguida á

Champauvert y decidla que mañana iré con el marqués. Es necesario que antes de quince días la señorita de la Chastaigneraye sea la duquesa de Parisis.

Octavio salió una hora despues.

Llegó de noche á su castillo; al siguiente dia, á las doce, bajaba de caballo en el patio de Champauvert, no poco sorprendido de no ver á Genoveva, pues luego que se veía aparecer una persona en la avenida se presentaba la jóven castellana.

Un criado avanzó hasta el vestíbulo.

—El señor duque ignora tal vez que la señorita ha marchado?

—Marchado! y cuando?

—Anteayer.

—Fué á Paris?

—Sí, señor duque.

—Y cuando debe volver?

—Lo que es esto lo ignoro, dijo el criado. Se ha hablado aquí del convento, casi todos los criados han sido despedidos y yo me quedo aquí con mi mujer. Se han dado órdenes para vender los caballos.

—Esto es grave, dijo para sí Octavio.

Volvió á subir á caballo. Iba á dirigirse á Paris; mas luego reflexionó y se contentó en escribir á la marquesa de Fontaneilles.

«Mi querida marquesa:

»Nuestros destinos juegan á las cuatro esquinas. Mientras yo venia á Champauvert Genoveva iba á

Paris. Es necesario que yo retroceda ó que retroceda ella? Aguardo vuestra respuesta.

»PARISIS.»

Al siguiente dia el jóven recibió un telegrama que encerraba una sola frase:

«Aguardad.

»A. DE F.»

Octavio aguardó. No temia fastidiarse puesto que en el castillo habia un ejército de obreros. El espectáculo del trabajo ageno es siempre recreativo, principalmente si se trabaja para uno mismo. Hallándose ausente el arquitecto, Parisis podia dar buenos consejos para seguir la restauracion del castillo. No era artista pero tenia el sentimiento del arte en todas sus manifestaciones, pudiendo dar un buen consejo en pintura, en escultura y en arquitectura. En esto era superior á Monjoyeux, el cual era absoluto en su estilo; no era amante de la arquitectura del tiempo de Luis XII, y, fuera de esto, lo hubiese todo triturado para metamorfosear á su gusto el carácter del castillo.

Octavio no creia que Violeta hubiese muerto. Esto sin embargo, su recuerdo entristecia la soledad de Parisis.

XXXIII.

ESTÁ AQUÍ.

Al siguiente día Octavio hojeó la biblioteca del castillo.

Habia abierto cincuenta volúmenes. Habia cruzado á vuelo de pájaro, ó mejor dicho, á vuelo de lechuza toda la historia de las filosofías, penetrando, sobre todo, en las ciencias oscuras por mas que el carácter de su espíritu le llamara siempre á las regiones luminosas.

Era un domingo. Toda la gente del castillo habia ido á la fiesta de una aldea vecina. No habia querido quedarse nadie. Estaba, pues, solo. La tarde estaba sombría, el sol velado. Recordó que no habia ido aun á la capilla y se le habia entregado desde hacia tiempo la llave de la cripta donde descansaban sus abuelos.

Cuando entró en la capilla era casi noche.

En la muerte de su esposo la duquesa de Parisis, cogió tanto horror á la noche que nunca mas quiso dormir sin luz, pareciéndose en esto á la señora de

Montespan que se veía ya en el sudario tan pronto como las sombras descendian sobre ella.

Cuando se bajó á su vez á la duquesa de Parisis á la capilla subterránea, Octavio, que no ignoraba el terror con que su madre miraba la noche, quiso que una lámpara ardiese perpetuamente en su tumba.

Así, luego que abrió la puerta de la cripta, vió cruzar un débil rayo de luz.

Bajó con sorda emocion, esforzándose por no ver en la muerte mas que la muerte misma, y queriendo suprimir el sombrío cortejo que dan á la muerte los poetas y los visionarios.

Cuando llegó á los últimos peldaños de la escalera en forma espiral, miró todos los féretros y los saludó piadosamente.

La mayor parte de aquellas tumbas eran de piedra y mármol, colocados al rededor de un altar, donde el dia de Difuntos, el cura de Parisis celebraba la misa. Otros de aquellos féretros, los mas modernos, eran de madera con franjas de terciopelo y clavos de plata. Entré estos habia el de su padre y el de su madre.

Se inclinó, y apoyó en ellos sus dos manos, bien como si tocase aquellos muertos queridos.

Por mas que no tuviese la costumbre de arrodillarse, por un movimiento involuntario y repentino cayó de hinojos y arrimó sus labios al terciopelo de aquellos dos féretros. Parecióle que debajo de sus labios se habia estremecido algo.

No comprendo como puede haber un solo ateo que borre de una plumada la inmortalidad del alma. Y, sin embargo, solo hay un paso desde la vida á la muerte, y solo hay un paso desde la muerte á la vida.

Octavio se levantó! Miró aquella eterna luz que no ardia sino para los que no podian verla, y se dirigió hácia la escalera. Cuando llegó al último peldaño saludó gravemente como á su entrada, bien como si los difuntos debiesen devolverle aquel saludo.

En aquel silencio fúnebre parecióle oír aquellas frases que siempre le perseguian:

ESTÁ AQUÍ!

Subió silenciosamente la escalera, y murmuró tratando de sonreír:

—Nó! no quiero que esto esté aquí!

Se sentia protegido por su madre.

—Desafío, prosiguió, todos los espíritus á que me encadenen al destino de los Parisis, rompo los lazos de la leyenda y me emancipo de todo, desafiándolo todo.

Por mas que se creyese dueño de él y de su destino, Octavio no sintió el respirar el aire libre y el encender un cigarro; el cigarro, el amigo del hombre desde que el perro le hizo traicion y desde que hay perros rabiosos.

XXXIV.

EL DESAFÍO Á DIOS.

La vida del castillo, despojado de todas sus soberanías, en nada se asemeja á la de Paris. Conozco castellanos que de Paris no reciben mas que el periódico; estos se nutren demasiado de la vida ideal; asi es que les falta una gran fuerza de imaginacion para encontrarlo todo bien, aunque, á semejanza de Cándido, cultiven su jardin.

Octavio que no habia previsto su viaje, no se habia llevado nada del boulevard de los italianos, ni siquiera un diario.

Así, despues de la comida, no le quedó mas recurrir que el de subir á la Biblioteca.

Esta vez hojeó las novelas. Su mano no estaba feliz toda vez que cayó sobre *El Fraile*, de Lewis. Lo habia ya leído, volvió á leerlo á vuelo de pájaro, lo que fué bastante para que se volviese á penetrar del terror esparcido en aquella obra maestra.

El viejo Domingo que le habia servido la comida fué á preguntarle si queria lumbre.

— Si, dijo Octavio, que no era amante de la sole-

dad; la lumbrera es un compañero muy alegre y fuera de esto, constituirá la alegría de las moscas y las arañas que viven en esta biblioteca, sin contar en que todos estos libros estarán contentos de calentarse un poco, toda vez que todos ellos me parecen enfermos.

Habia en un extremo de la biblioteca, una chimenea de madera esculpida del tiempo de Francisco I, donde corrian las salamandras. La biblioteca era en aquella época una sala de armas. En el siglo diez y ocho,—otros tiempos, otras costumbres,—la pluma conquistó sus derechos de alta nobleza; se recogieron todos los libros que habia en el castillo, y se les instaló en aquella gran pieza abandonada.

Octavio estuvo contentísimo al ver la lumbrera. Calentándose los pies se vió en el espejo y casi no llegó á reconocerse. La vida de meditacion que llevaba desde por la mañana habia alterado la expresion burlesca de sus facciones. Por otra parte habia descuidado su peinado y su vigote.

—Diablo! exclamó: si permaneciese aqui toda una estacion haria una pésima entrada en Paris.

Arrastró un sofá cerca la chimenea y se tendió en él con un libro en la mano. Era una obra de Descartes. El jóven queria rehacer sus ideas en el torbellino del gran filósofo. A la segunda página se durmió.

A qué hora despertó? La lumbrera se estinguia y las cuatro bugías aun ardian; pero no debian arder mucho tiempo.

Quiso llamar.

Habia un cordon; pero no habia campanilla.

Llamó pero todo el mundo estaba en la fiesta de la aldea.

Abrió la ventana. Habia sobrevenido una borrasca y el trueno retumbaba en los aires; el viento se desencadenaba entre los altos árboles; densas y negras nubes, iluminadas por relámpagos, envolvian la mole del castillo.

Era la última tempestad de la estacion; pero habia de dejarle un gran recuerdo.

A través del eco del trueno y del vendabal, Parisis oyó á lo léjos el rumor de los violones, esos violones rústicos que no pueden ser ahogados mas que por el rumor de la trompeta del Juicio.

—Está bien; por allí la gente se divierte; no turbemos la fiesta, tanto mas cuanto ya sabré encontrar mi cama. Qué hora es?

Habia un reloj de arena en la biblioteca. Sin duda uno de los Parisis quiso manifestar que no se debia perder el tiempo, ni siquiera con los filósofos.

Cuando el sueño de la noche os aprisiona en sus cadenas, es muy difícil romperlas. En vano Octavio estiró los brazos; quedó medio aletargado en el sofá donde se habia echado como para huir la borrasca.

La borrasca tenia su influencia en aquella estenuacion de fuerzas.

Habia continuado con sus sueños el viaje en el mundo de los espíritus.

—Soy bastante bestia, murmuró, para dejarme in-

vadir por todos esos sueños de filósofos y pensadores que no fueron entusiastas del mundo porque no tuvieron cien mil libras de renta para disfrutarlo? La tierra es nuestra patria pasada y nuestra patria futura; no tenemos otra. Ya puede resonar el trueno, no me espanta. La ciencia nos ha llevado á los bastidores y hoy dia sabemos lo que es el trueno.

Mas aunque Parisis se hiciese estas reflexiones, se habia apoderado de él un terror vago.

—Necesario es confesar, sin embargo, prosiguió, que apesar de nuestra mucha ciencia sabemos que no sabemos nada sobre Dios.

El jóven habia discutido mucho con los filósofos de hoy dia, habia comido con los mas orgullosos apóstoles del ateismo y habia observado que eran supersticiosos.

Parisis se burlaba de todas las supersticiones; pero hubiera sentido en extremo el hallar por la mañana uno de esos músicos, que, segun dice el vulgo, dan mal de ojo.

—Y bien, dijo Octavio de repente, quiero concluir con estas últimas nubes de la tontería humana.

Levantóse y se dirigió al fondo de la biblioteca, frente un gran espejo que bajaba desde el techo hasta la alfombra. Sobre la chimenea solo habia un espejo sin azogue. El mayor no estaba iluminado mas que por el reflejo de las cuatro bujías.

—Se me olvidaba, exclamó; para que se presente el diablo, no hay necesidad mas que de tres bujías.

Retrocedió y mató una de las cuatro luces.

—Ahora, dijo, volviendo frente al espejo, debe ser la media noche: el instante es bien elegido puesto que el viento silva y que el trueno retumba. Muéstrate, Satan! Yo te llamo!

El jóven se miró al espejo. Nunca habia sentido miedo por nada; pero en aquel momento sintió miedo de sí mismo. En aquella dudosa luz, Octavio hubo de observar que su palidez era mortal; quiso sonreír, pero su semblante permaneció grave y triste.

Aguardó con valor mirándose siempre al espejo.

Cruzó un rayo y vió una imágen vaga en el cristal.

Se abrió con estrépito una ventana, las bujías se apagaron, y Octavio, que miraba siempre en el espejo, vió en él dos figuras.

El jóven se asustó; llamó á Domingo y volvió á la chimenea para encender las bujías.

No se atrevió á volver la cabeza. Esto no obstante, cuando hubo encendido una cerilla miró la estancia.

Una mujer se dirigia hácia él.

UNIVERSIDAD DE BORDO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"A" F...